

“... Et Compagnie” de Jean-Richard Bloch

(Ed. Nouvelle Revue Française, 1925).

A LOS que opinan que está en decadencia la novela francesa y sólo piden tener la oportunidad de cerciorarse de lo contrario, les puedo recomendar que pidan a su librero la obra de *Jean-Richard Bloch*, cuya edición definitiva acaba de darnos la librería Gallimard: «... et Compagnie». Se encontrarán con un libro de 450 páginas de tipo corriente; constatarán que no hay relleno de hojas blancas ni márgenes de media cuarta, y sentirán hastío anticipado al pensar en lo aburridos que suelen ser los autores prolijos. Mas yo les aseguro que, en las primeras líneas, les cogerá una corriente de interés tan intenso, que no pararán hasta saber cuál ha sido la evolución y el destino de los hermanos Simler y de su fábrica de paños.

Los Simler, judíos alsacianos, son fabricantes de paño de padre en hijo, en Buschendorf, cuando estalla la guerra del setenta. Después de la anexión de Alsacia y Lorena por Alemania, resuelven abandonar el país para permanecer franceses. La novela de Jean-Richard Bloch se inicia con la adquisición que hacen los hijos Simler—José y Guillermo—de los edificios ruinosos de una ex-fábrica de paños en Vendeuvre, ciudad industrial del Oeste de Francia, especializada precisamente en la fabricación de paños. Allí se instalan. El libro nos relata la historia de esa familia Simler. Y la historia de la familia Simler es, ante todo, la historia de los *Nuevos Establecimientos Simler*, en Vendeuvre.

Vemos a los cuatro Simler trabajar encarnizadamente, luchando

primero contra la hostilidad de los industriales ya instalados desde antiguo en el país. Los recién llegados son mirados en menos; se les llama *los extranjeros*, y, gracias a su buen acento alsaciano, «les pruscos», los prusianos... Tragan el insulto y a la obra... Los vemos lograr sus primeros éxitos, pagar sus deudas, atraer hacia sí, por la excelencia de sus productos, clientela de sus rivales, evolucionar para seguir la moda, mejorar su material, renovarlo, mientras la rutina va enmohecendo las energías de los grandes fabricantes del país. Asistimos al viaje de la fábrica Simler a través de veinte años de existencia como a un viaje en alta mar, lleno de peripecias y zozobras. El concepto «dinero» va adquiriendo todo su alcance, todo su valor y la mayor belleza que pueda tener: lo vemos transformado en un elemento de trabajo, en un instrumento de progreso. Tanta tenacidad, audacia y valor logran su premio: al final del volumen, los Simler son reyes de Vendeuvre, mientras los que los acogieron tan despectivamente, en 1871, han ido desmejorando lentamente.

Mas... Los hijos de José y Guillermo Simler no tienen la fuerza cruda y la voluntad de trabajo de sus mayores. Ya en otras ciudades, en otros países, hay fábricas de paño más perfeccionadas que las de los Simler. Los obreros no son tampoco los de antaño; el socialismo influye; los jóvenes patronos no quieren atender protestas, justas a veces. Son víctimas de su éxito, y a ellos también va cogiendo la rutina en sus redes... Regresó de América un primo clarovidente que juzga a sus parientes con el criterio juvenil y enérgico del nuevo mundo, prevé el día del fracaso, el día en que languidecerá y morirá la fábrica Simler, el día en que desaparecerá de la razón social el nombre heroico de los fundadores.

Hay allí unas pocas páginas de amor, la pasión de uno de los hijos Simler por una joven de la buena sociedad de Vendeuvre. Pero esa nota sentimental, aunque hermosa e intensa, sólo está allí para que se le pueda sacrificar al Dios Industria la santa ternura de una mujer: puede más el interés de la fábrica y la cohesión estrecha de la familia judía, que el amor.

El individuo no tiene importancia en sí: están primero la familia, la raza y la fábrica.

Eso parece, a primera vista, chocante. Pero si se medita en ello un instante, vemos que el poderoso interés de «... et Compagnie», consiste precisamente en que, más que la historia de individuos, es la historia de entidades más poderosas, y, especialmente, más duraderas que un hombre y sus pasiones: una firma industrial en la cual vemos el símbolo de toda la actividad humana; una familia judía, en la cual están representados todos los hijos de Sion. Todo eso, en una pequeña ciudad cuya atmósfera se nos hace tan sensible que creemos habernos detenido allí en nuestras andanzas.

Esos tres elementos de interés están homogéneamente unidos en la novela de Bloch. Se nos haría imposible pensar que los Simler no fuesen judíos, lo mismo que se nos haría imposible ver a los Simler en otra parte que en Vendeuve. Todos los personajes están caracterizados hasta en sus menores detalles con una realidad pasmosa. Mas, como sucede con las creaciones de verdaderos artistas, después de leído «... et Compagnie» es imposible pensar en un fábrica y su vida, en cualquier punto del orbe, sin pensar en los Simler; es imposible oír la palabra «judío» sin que la figura de esos judíos alsacianos se profile en nuestra memoria. Lo mismo que «Avaricia» nos hace pensar automáticamente en Harpagon y en Grandet. En «... et Compagnie» Jean-Richard Bloch se nos revela como uno de los creadores de tipos más fuerte de la literatura contemporánea.

Por lo que toca a la forma, no nos trae nada nuevo. Evoca, a la vez, a Balzac y a los buenos novelistas ingleses. A estos últimos los recuerda por lo que hay de movimiento y de sentido de la realidad en su obra y por un defecto: cierto afán, en las descripciones, de ir a buscar sus puntos de comparación demasiado lejos y cierto humorismo forzado en la presentación de los personajes. En cuanto a Balzac, lo recuerda a cada paso; y no creemos poder hacerle mayor elogio. Balzac ha sido, en el siglo XIX, el novelista del dinero. Hoy que el dinero

y los negocios tienen tan descomunal importancia, nadie se preocupa de ellos en la literatura. El famoso premio Goncourt del año 1923, que debía ser la novela de los negocios, ha sido un gran fracaso: empieza más o menos, pero su final es ridículo, lamentable. Se comprende que después de esto yo no nombre al autor... Haber logrado dar así con un aspecto esencial de nuestra vida es un gran acierto en un escritor. Es verdad que los sucesos mencionados se desarrollan por los alrededores de 1880: pero quíteme las fechas, y el libro es de hoy. Es eterna la materia de que trata, y son eternos los personajes. (La primera edición de «... et Compagnie» es de 1917.)

* * *

Jean-Richard Bloch es judío. ¿Saben los lectores que el veinte por ciento de los escritores franceses contemporáneos son judíos? Conversando, hace poco, con el escritor que me dió este dato, supe anticipadamente lo que revela el libro de Jean-Richard Bloch: el fervor intenso y desinteresado de los judíos por toda labor intelectual. A esos escritores judíos se les considera, como a todos los judíos en Francia: exactamente lo mismo que a franceses de pura cepa. Hay que considerar, también, que el judío francés ama a Francia y cumple lealmente con sus deberes de ciudadano francés, en tiempo de guerra lo mismo que en tiempo de paz. Sin embargo ellos, que son acogidos con brazos abiertos en todas las revistas y diarios franceses, tienen una revista exclusivamente reservada a los escritores judío-franceses, *La Revue Juive*. Eso, a primera vista, parece una provocación, o a lo menos una falta de cortesía. Jean-Richard Bloch nos muestra otro aspecto de la cuestión.

Hay en el problema del judío nacionalizado francés algo más que un sencillo proceso de ciudadanía: hay un problema de raza. En su prefacio a «*La Nuit Kurde*», Jean-Richard Bloch nos revela qué fuerza tiene en el judío el sentimiento de su origen oriental, y qué influencia tiene este sentimiento en su vida. Influencia no siempre dichosa: *La Nuit Kurde*, escrita por Bloch

con todas sus vehemencias semitas, no admite comparación con «... et Compagnie», su obra escrita conforme a todas las disciplinas occidentales.

Por eso le rogamos al lector no lanzarse a ciegas en la obra total de Bloch, si quiere tener idea cabal de lo que es la novela francesa contemporánea: es un autor desigual, aunque inteligentísimo. Pero su «... et Compagnie» es una obra maestra, hecha y derecha.

MARCELLE AUCLAIR.